

Citlali Ferrer: políptica

DIONICIO MORALES

Desde hace algún tiempo, dentro de la literatura mexicana, es común descubrir que una escritora joven, como en su tiempo lo realizó Rosario Castellanos, tuviera la disposición necesaria, léase vocación, para cubrir con cierta decorosa demasía, varios géneros literarios a la vez, lo que implicaba estar inmersa de tiempo más que completo en el ejercicio diario de la escritura. Por supuesto que las personas aludidas a esta clasificación resentían de pronto la crítica, acertada o no, de que figuraban con mayores y novedosas propuestas en un género equis más que en los otros. Resalto esta cualidad en la literatura escrita por mujeres –me niego a escribir la palabra femenina– de la primera mitad del siglo xx, porque era difícil encontrarse con un caso de esta naturaleza, como el de Castellanos. Esta cualidad, llámémosle así, estaba por lo general, aliada con los hombres.

Citlali Ferrer, hija de un escritor y una actriz, Eduardo Rodríguez Solís y Rosario Ferrer, miembros de la generación nacida en los años cuarenta, ha dado muestras de su trabajo literario escribiendo poesía, narrativa, ensayo. ¿En cuál de ellos brilla con mayor intensidad? No se podría decir en cual género porque todavía es dueña de una insistente juventud y merece una mayor atención para la publicación de sus obras ya escritas con las que pudiéramos formarnos un juicio lo más aproximado posible sobre los resultados positivos. Lo que sí ya podemos asegurar, a través de la lectura de sus manifestaciones en publicaciones, revistas literarias y suplementos

culturales del país y del extranjero, es que desde hace tiempo demostró que antes que nada es una escritora, esto no sólo porque escribe sino porque sus obras conocidas, de cualquier género, llevan un tono de una innegable imaginación, de vuelos literarios, de mesurada concentración formal y de cierto aliento creativo propios de quienes asumen su condición –la escritura– a la par que la vida, lo cual tratándose de un juicio de valores, no es poca cosa.

Políptico, es el libro más reciente de Citlali Ferrer publicado por la Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Xochimilco, 2007, y no se puede negar que desde el título y, sobre todo, de la acotación en la portada de que se trata de 60 piezas en acrílico sobre masonite, de 90 x 90 cms., es original, y nos lleva a pensar de inmediato en cuadros, en imágenes, en pinceladas, en colores, antes de abrir el libro. De pronto podríamos imaginar que se trata, como lo han realizado otros escritores, de textos –o minificciones, como les llaman ahora los eruditos– escritos sobre unas obras pictóricas de tal o cual autor de su preferencia, claro. Pero después nos damos cuenta de que no, que la investidura original y las especulaciones finales cambian el sentido de nuestra primera impresión y nos llevan a otras.

Por supuesto que no se puede negar, con el conocimiento de algunos textos sueltos de Citlali Ferrer publicados por aquí y por allá sobre artes plásticas, su gusto por esta disciplina, que en este libro Políptico, llega a su más depurada escritura formal, tomando en cuenta sus trabajos literarios hasta ahora, en una sana y bella conjunción de expresiones en los que las palabras, las imágenes, en el momento de leerlas, de pensarlas, de sentirlas, de vagarlas en el inconsciente, van tomando su lugar en la tela, es decir en el masonite, es decir en la página en blanco y con un conocimiento sustancial por la brevedad y una fina percepción de los sentidos abiertos a un campo desconocido y sorprendente, hace nacer, al mismo tiempo, la imborrable realización de cada texto.

En el primer texto del libro Políptico, Citlali Ferrer nos presenta una breve muestra de lo que manejará a lo largo de

las sesenta páginas, y en el que titula "Fruta", hizo que yo sonriera con cierto hermetismo, al comparar la famosa fruta china lichi con el huevo de un adolescente chino. No tuve más remedio que preguntarme ¿dónde vería Citlali el huevo del adolescente chino? Y de inmediato borré la respuesta de mi mente cochambrosa. A lo largo de los textos del libro, Citlali juega, armoniza, recuerda, especula, adelanta, para armar un rompecabezas al estilo de Marcel Duchamp -es ella quien lo dice. Y aunque la colocación de los escritos en el libro no obedece a ningún orden aparente, al final de la lectura hemos gozado, paladeado, encontrado, su discurso, que no tiene otro fin, por muy ambicioso que parezca, que hablarnos de las pequeñas grandes cosas que caracterizan a lo que los mortales llamamos con cierta vulgaridad vida.

Todos los textos del libro son en verdad breves -el libro bien pudo llamarse La vida breve- aunque hay algunos más breves que otros, de apenas una línea, o como aquél un poco audaz que está formado por una palabra sola, que no es lo mismo que una sola palabra, como "Respuesta" al texto anterior que se llama "Pregunta". Y la exposición de las obras, es decir la escritura, es decir los textos, nos van llevando de un cuadro a otro, de una escena a otra, de un sitio a otro, de un ambiente a otro, pero la resonancia literaria que se convierte en pictórica, o el silencio pictórico que se convierte en llamarada literaria, viaja más allá de los límites esperados y la desparpajada individualidad de los escritos se posesiona de nuestras miradas atónitas hasta convertirlas en un recinto palpable de la memoria donde los cuadros, es decir los textos, singularizan su enraizada elocuencia que vibra de nuevo en los sentidos.

Y si de la vida se trata, en el libro Políptico, de Citlali Ferrer, el humor, a veces fino, otras veces corrosivo, no está reñido con el erotismo carnal o con aquel erotismo huésped que trastabillea ciegamente en el alma. Aquí hago un paréntesis para citar una frase que bien pudo escribirla un hombre: "La redondez de los cuerpos femeninos es la contraparte de la geometría de este universo", pensamiento de un hombre que

admira de lejos la estatua de "Dos mujeres". En el libro de Citlali, el amor de viva voce, realizado, vivido a pesar de las soledosas soledades de nuestro tiempo, no se sitúa lejos de una sugerencia cerrada para nombrar un significado del fenómeno de escribir que bien puede ser nada más una fantochada cruel de la autora, o una parte secreta de su biografía, quién lo sabe: "Al escribir, mantenía un diálogo con ella misma frente a un espejo estrellado y a oscuras".

La desesperanza es un cliente asiduo en este libro y brilla en más de una ocasión, al lado del humor -ya lo dije-, la pasión, la sugerencia, la crueldad, el soliloquio, la diversión, entre otras cosas, no sólo como un dolor callado sino también como un grito interminable que enmohece o neblina, según el contrapunto de la fe -me suena a título de un libro de Montes de Oca- que ocupe cada inconsciente. El tema es uno en Políptico, de Citlali Ferrer, la vida, pero las derivaciones son muchas. La lectura se ramifica en la descripción de cada estado anímico, así sea de manera detallada o casual, simple o compleja, porque en las palabras, en el sonoro acento de sus silencios, o en el callado mastín de los estruendos, va chorreando el líquido metal de la experiencia vivida o entrevista de la autora.

El sexo, los elementos de la naturaleza, el opaco rencor hacia la muerte, la soslayada algarabía de la música, la desaparición de los abuelos, alguna resonancia huertiana y cierta cercanía a la forma del hai-ku, como en "Montaña", son descritos, escritos, dibujados, pintados por Citlali con generosa economía de medios -aunque suene paradójico- pero también con sobrados recursos para aprisionar en unas cuantas líneas la historia o el discurso que cabe con perfección en un cuadro y que nos habla del valor individual de cada texto -de cada cuadro- y nos instala en el prodigioso e insospechado mundo de la lectura como si fuera la primera o la última vez que descubrimos el asombro. No quiero terminar sin citar una definición de Citlali Ferrer sobre la cama: "La cama es templo de los sedientos", dice ella, y yo agregaría: y de los ahítos.☹